

SOCIEDAD COMPAÑIA DE ARMADOS

GLOSA AL PREGON 1998

Para los Armas de Orihuela, y
su presidente Ramon Ferrer, que lo
pre gavió en unido ánimo, los
democristianos que este pregon trató
solo de describir.

Siempre en vuestros.



ILDEFONSO CASES ANDREU

ORIHUELA 21 DE MARZO DE 1998

Ilmo. Sr. Alcalde Presidente del Excmo. Ayuntamiento,
Sr. Presidente de la Junta Mayor de Cofradías y Hermandades,
Sr. Presidente de la Sociedad Compañía de Armados,
Dignísimas Autoridades,
Ilustrísimos Señores,
Socios de honor del presente año 1998, Televisión Orihuela y Hermandad de El
Prendimiento, Emperador, Capitán, Abanderado,
Señoras y Señores,
Queridos amigos todos.

Permitanme en primer lugar expresar mi agradecimiento al Sr. D. Ramón Sáez Martínez, Presidente de la Sociedad Compañía de Armados y a su Junta Directiva por el honor que me ha conferido al designarme para realizar la Glosa al Pregón de los "Armaos" del presente año. Con enorme emoción recibí la noticia del nombramiento, puesto que residiendo alejado físicamente de Orihuela, satisface profundamente el recuerdo de los oriolanos y más de una Institución tan señera y significada como la que Ud. preside. Muchas gracias.

Amigo Antonio Pérez Menárguez, aún conociendo tu enorme generosidad para con Orihuela y los oriolanos, cómo la conozco, y he señalado pública y recientemente, no ha dejado de sorprenderme el cúmulo de excelentes calificativos que has dedicado tanto a mi familia como a mí, desde luego, inmerecidos unos y exagerados otros. No obstante ¡muchas gracias! por que sé que vienen con cariño de tu afectivo corazón.

Pero no olvides, que el verdadero valor, el verdadero mérito, es el de los oriolanos que con su tesón y con su trabajo del día a día, hacen posible que otros oriolanos, como yo, podamos recuperar la Orihuela que necesitamos llevar con nosotros en prolongación de su constante esfuerzo.

Este es el caso, por lo que les ruego me permitan mostrar mi agradecimiento a Don Enrique Luna y a su esposa Doña María Dolores Botella, personas entrañables para mí, puesto que con su entusiasta y cariñosa intervención hicieron posible un imborrable Miércoles Santo, en el que tuve el honor de que oficiaran, si me admiten la palabra, de anfitriones, ilustradores, animadores y "ropero". Siempre agradecido.

Desde tiempo inmemorial, ya historia, algunas cofradías, con el fin de dar un mayor realismo a la representación de la Pasión de Jesús, que se intentaba ofrecer en los Pasos del Misterio, añadían algunos elementos simbólicos o soldados romanos que marchaban detrás

del paso desfilando; pero estamos hoy en 1998, décimo año de la segunda conformación institucional en forma societaria, en que después de muchas luchas y avatares, de muchos años en los que el pregón de los “armaos” consistía en una relación de cuentas en rojo, aireadas por uno u otro periódico local, conjeturando sobre las posibilidades económicas de desfilarse cada año, se estaba siempre en el filo de la navaja, haciendo historia con el abnegado sacrificio de entusiastas oriolanos, que pusieron los cimientos del esplendor presente, no sin anécdotas, luchas, simas y altibajos, haciéndose poco a poco sustantivamente Orihuela, patrimonio cultural y enjundia de una de las fiestas y costumbres más arraigadas en el pueblo de Orihuela, nuestra Semana Santa.

Pero no es mi intento contar la historia que magníficos escritores y buenos oriolanos, en prosa y verso, han contado y ensalzado, sino que lo que yo desearía en mi modesto pregón sería contemplar ese singular amor pasionario de nuestra centuria, más que romana oriolana.

¿Por qué siendo la figura de la Centuria Romana, la antagonista en la representación pasionaria, a la que el pueblo cristiano debería vociferar, lapidar y zaherir en términos metafóricos, por haber consumado la Pasión que los Pasos representan, goza sin embargo de tanto predicamento y arraigo en nuestra Semana Santa?, ¿por su hidalguía? ¿por su prestancia?, ¿por su marcialidad?. No parecen ser esos los derroteros argumentales que la justifiquen, sino más bien, algo más cercano, más próximo a nuestra ancestral andadura.

Orihuela no es algo que se ve, que se oye..., la Semana Santa, los “armaos”, el aniversario de la Reconquista. ¡no!, no son solo una representación más o menos vistosa en el sentido sensitivo de la palabra, sino que es algo que *le pasa* al oriolano, algo que *le ocurre* y que siente como una experiencia personal; no es algo que se ha visto, *sino algo que nos ha pasado, que nos ha ocurrido*, como una aventura o un amor, ..desde la infancia hasta después, por que la Orihuela, física, geográfica, y material, llega a ser para sus gentes algo más que biológico, algo que ha hecho y hace de sus hombres, amalgamando pasado, presente y futuro, su propia sustancialidad.

Sentir Orihuela como una vivencia, implica pasar a formar parte de Orihuela para cada oriolano, porque la historia, pasa y ocurre, con personas, con protagonistas que hicieron y hacen una Orihuela por contemporaneidad, recuerdo, evocación, amistad o amor.

Orihuela, la Orihuela de los oriolanos, la de los que sienten Orihuela, como un amor, como un conjunto de vivencias, aman a su tierra, amamos a nuestra tierra aún sin saberlo, porque sentimos que así lo han sentido unos niños que fueron abuelos de nuestros abuelos, a la vez que lo sentirán así los nietos de nuestros nietos, de forma que todo el pasado familiar se va deshaciendo en esta tierra, y forma, ...como un patrimonio de nuestro espíritu.

¿Y la diáspora del oriolano?, los que vamos fuera, no es que la llevamos con nosotros, no es que la llevemos dentro, ¡no!, es que somos Orihuela allá donde estemos.. Y un sonido, un aroma, un rincón, una frase, un color..., una flor, un amor, es alimento de oriolanía, que se acrecienta, aguzando el espíritu para no ser insensibles a ese algo oriolano que nos pasa, al igual que se arquea la mano sobre el oído y se contiene el aliento, como para acercarse lo remoto, como para escuchar más de lo que escuchamos, dejándonos llevar no solo por las formas y el color de las cosas, sino también por la emoción interna, en que todo se interioriza.

Y así vamos recorriendo sendas humildes hechas de otras pisadas, pasos de la historia que nuestros pies obedecen siguiendo esas viejas pisadas de otros hombres, afirmando la senda para los que han de venir. Seguimos y creamos, son sendas humanas.

Es en una de ellas, donde me veo caminar de la mano de mis padres por las afueras calientes de Jerusalén, un Jerusalén como Oleza, ceñido por un aire de verdores de huertos, como vestido oloroso que cruje entre las cruces ensangrentadas. Hay mucho de violencia, de dolor... y de pasión. Bullicio de muchedumbre en oleaje de vocerío. Tiemblo, aun queda un poco del último frío.

La violencia pasionaria me golpea en cada Paso del Misterio. Las fauces de Cristo se hinchan y vacían de ahogo; le caen, medio cegándole, los cabellos cuajados de sudores, se oye el golpear desesperado de los maderos y queda inmóvil, largo, resbaladizo, húmedo del helor de la agonía. Es casi mi primera evocación de la Semana Santa, como un niño de cuento que se pierde en medio de un bosque. Evocación tan intensa y duradera que relega al olvido cuando, en un confín remoto de mi vida, en la misma Jerusalén intacta, sentí en mis manos la ternura olorosa de la primera palma, recta y fina, con un ramo de olivo sujeto con lazo azul.

Los “armaos” impenetrables, en respetuosa, y lo que yo interpretaba en mi pequeñez, agresiva formación... ¡brillantes!,... ¡enormes!. Hasta muy cerca de la juventud sentí la atracción-rechazo de sus vistosos trajes y marciales marchas en contraste con la materialización de la violencia, ¡dura!, ¡fuerte!, con que interpretaba los Pasos de Pasión mi joven corazón. Me costó sentir que la ostentación de fuerza y poder que sus armas y ropaje acentuaban, tenía más de protección y seguridad ante el escarnio consumado, que vitola de vencedor. Cuando los rostros del pelotón, duros y empobrecidos por el hambre de posguerra, se me fueron haciendo familiares con saludos y caramelos, comenzó lentamente a surgir la identificación con la centuria. No era fácil que con una polarizada educación del bien y el mal, desafectara, a pesar de su atractivo, a la Centuria Romana de la violencia pasionaria escenificada en cada Paso. El aprendizaje fue positivo, sin concesiones, sin gratuidades

folclóricas, la carrera hacia la juventud se fue haciendo con fortaleza pero sin menoscabo de la sensibilidad.

Más adelante, con un corazón en primavera,... era la tarde del Miércoles Santo, tapias de yeso, cercas desordenadas de bancales recién regados, sol en la peña, y al fondo, asomándose al arrabal,.. la cruz de la Mucla, el Gólgota olecense entre cactus verdes y un sepulcro de cal. La centuria, iluminada por el sol rojizo en su ocaso, resplandece como infinitos puñales de sol en las puntas de sus lanzas, formando una malla de oro trémula y ondulante.. Hasta hoy, en mi madurez, he acudido a este mismo escenario cada tarde de Miércoles Santo, siempre me parece nuevo. La Agonía y Nuestro Padre Jesús, separados por un chorro de oro, una riada de luz sonora en un escenario de peñas, tapias y arrabales.

Todo es brillante, el paisaje pugna por adueñarse del espíritu, sin dejar resquicio alguno para la Pasión, hasta que la mirada del “Abuelo”, tan individual y profunda, ilumina, como si fuera un reflejo del último sol, todo nuestro interior. Es Orihuela en su más sensual manifestación, es nuestra Semana Santa, el equilibrio entre paisaje y Pasión no puede ser más justo y ahí me siento muy Orihuela, hasta el azahar se me hace olor de años, olor de eternidad, olor de Oleza, vegetal, ancestral y litúrgico. No es recuerdo, no es evocación, es crónica del espíritu, de la sustantividad de mi tierra.

Con el golpe de tambor del último “armao” me digo con Carlos Fenoll,

“¡Sí, sí! ¡Avivad mi nostalgia,
tambores de hoy! ¡Que yo
oiga aquéllos que sonaban
ayer...,cuando aún no sabía
lo que era llorar sin lágrimas!”

Fue más adelante, en el cruce de otro sendero, con la sensibilidad intacta y el corazón en rebose de ilusiones, cuando pasan las horas del desfile procesional como los años de la vida, y con otras manos, suaves y enamoradas entre las nuestras, visitamos aquel Jerusalén pasionario, ¡es alegría!, ¡música!, ¡aplausos!, ¡cornetas y tambores!, ¡emperadores y centuriones en carros de águilas vivas!,.. primera luna de primavera, noche de Semana Santa, solemnidad humana y sencilla. Sentimos y vivimos entonces el carmesí de un manto de Rey, el violeta de una túnica santa, el amarillo de las alas de un ángel, el verde de un campo bíblico, todo el iris de un vidrio miniado como la vitela de un códice....En la Orihuela-Jerusalén, el temor, el frío y el dolor de antaño se toman en vida y amor. Definitivamente la Centuria Romana es la alegre juventud, tan dominadora que no necesita ostentación de fuerza

ni de poder, es *serio acompañamiento al Cristo Redentor*. Los Pasos, mitad arte mitad Pasión, más Amor que Pasión en la representación pasionaria y Orihuela,.. estampada con los verdes tapices de sus huertas y rojos faldones de sus montañas.

Pasan eclesiásticos, familiares, novios, amigos, viejos y anácolos olcenses en trajín de fiesta, de Semana Mayor, que van y vienen al alcabor del horno en vigilia de dulcería, dejando en el ambiente un aroma de azahar y mona en cada turno de imaginaria, hasta que den su altura y puedan pintarse de plata antes de entrar en el horno. Orihuela huele a reposo, a pasado; olor que se detiene y adensa, facilitando la contemplación del ayer...Hasta el río se vuelve antes de llegar al molino para mirarse a través del puente de levante y verse entre azudes, torres y sierras...

Los acordes musicales de los “armaos” invaden nuestro ser Orihuela en sus pasacalles, desfiles y retretas, emocionan, calan y arrastran, no solo a chiquillería, por todas las calles y plazas. Rivalidades cofradieras y rivalidades de Centuria empujan a lo más alto la vibración popular. Es todo Orihuela, con la sensualidad en estallido de colores, aromas y sonidos. Es un rebullir de túnicas, capas y mantos, que impresionan como oleaje de púrpuras nuevas...

Entre las torres y cúpulas pasan y vuelan palomas, dejando una sensación de pureza y frescura en el azul seco del cielo de una Orihuela en colmo, clamorosa...donde solo están apagadas las lamparas de iglesia, los altares sin cirios y sin ropas, las sacras, caídas como parte del luto,... y el Señor, muy pálido, contempla la ciudad, se aflige y llora.

Fue ya casi ayer, en otro sendero de la vida, cuando sorprendidos por su rápido discurrir, impresionados y solos, alzamos la vista al Crucificado...y suplicamos...¡Señor, se me muere Orihuela!. Es como la vida que se va. ¡Cuanto tiempo ha pasado desde que, siendo casi niños salíamos de nazareno!, se flaquea, se duda, es solo un instante. Reaccionamos por que Orihuela está dentro y la noto, por que la Semana Santa sigue siendo la Semana Mayor y la Centuria Romana, nuestros “armaos” siguen desfilando a los acordes de “turuta”, y acompañan a Cristo, cerca de El, sin perder la mirada de su Madre.

“Menuda suerte, menuda suerte

esos “armaos” caminando.

Desfile de penitencia

tras un Cristo abandonado.

Con una injusta sentencia

le han condenado a muerte.

Cristo siempre va a su lado
Menuda suerte, Menuda suerte..
El siempre con los “armaos”...
Y siempre estará a su lado...
Menuda suerte, Menuda suerte...”

Oímos en un romance popular... Fue casi ayer cuando sentí que el romance no era en vano y me volvió esa Orihuela, gozo para los sentidos, elevación del espíritu, rebosamiento de los sentires que nos llena de una especial efervescencia. El romance canta la suerte... identificándola en la singular centuria que a pervivido a los aconteceres históricos y al devenir de los tiempos y que ésta misma andadura y supervivencia le ha hecho consustancial al desfile procesional oriolano.

El “armao” interprete y personaje que da vida a una representación de otros tiempos, sintoniza con los siglos que pasaron, en algo, con las centurias romanas, forma parte del sentido pasionario, cofradiero y de la devoción; ni es actor, ni es disfraz, ni es atavismo en su vestir. Ni pertenece al Cesar ni a la tramoya histórica. Un sello pasionario late en sus venas y lo que realmente siente al saberse “armao”, sin pregonarlo, y sin saberlo quizás, es ser consustancial con su modo de pensar, de sentir..., constituyendo una suma de valores, que todo se suscribe en vivir, encarnar, “ser carne”, como “armao” oriolano..

Con la liturgia de un revestimiento pontifical, viví en mi tercera visita a Jerusalén, el momento añorado de vestirme de “armao”. Todo está preparado. La ropa del “armao” responde a una indumentaria insólita, como la del nazareno, como la del torero...

El cuerpo se ciñe con la camiseta y las piernas se cubren con un leotardo. Los pies y tobillos, con borceguíes repujados y bordados con pedrería. Una túnica o enaguilla cubre el torso y los muslos hasta las rodillas o media pierna. Haciendo paralelismo con el *milite* romano, recuerda a la túnica que se componía de dos faldones solapados, con franjas protectoras de cuero que cubrían los muslos y los hombros.

Encima de la túnica, la coraza cubre el pecho, cintura y espalda. En su conjunto puede equipararse con las armaduras romanas muy representadas en la Columna Trajana y al igual que aquellas puede ser anatómica o bordada. Como protección de las muñecas se colocan las muñequeras, traducción de la *armilla* romana a modo de brazaletes. Una media capa ricamente bordada, con flecos y pedrería, recogida en los hombros, completa la vestimenta que expongo, no como reseña histórica sino, por lo que significa de rito intensamente vivido en cada pieza; siendo necesario, por su complejidad, ser vestido más que

vestirse, proceso ritual que fue oficiado por mis anfitriones con tal cariño y desvelo, que todavía lo revivo con emoción.

Un casco, rematado por un penacho de plumas coloreadas, laterales con carrilleras y visera metálica, cubre la cabeza. Y completan la vestimenta, como aditamentos, el escudo y la espada larga.

La integración en la ciudad con la indumentaria mencionada es una vivencia interior que reside no solo en el momento de deambular vestido de "armao", sino que parece reunir todas las vivencias anteriores, consumandose en deseo, satisfacción, complicidad y otras sensaciones difícilmente explicables por el glosador que tiene el honor de dirigirles la palabra, incrementadas en este caso que refiero, con la particularísima vivencia de la amistad que inundó complementariamente aquella tarde de aquel singular Miércoles Santo en Orihuela, entendiendo y reconociendo como *Amigo el que nos da compañía sin quitarnos la pureza de la soledad interior, el que nos mira con ojos de niño y descansa su frente en nuestros pensamientos*, definición que tomo prestada de Gabriel Miró, gran conocedor de nuestra idiosincrasia y que me ha acompañado en ésta mi iniciación a la glosa.

Cuando los oriolanos se retiran, embargados y henchidos de sentimientos por el desfile procesional de la noche, todavía,.. unos acordes de marcha, rítmicos, alegres y sugerentes, vuelven a convocar a Orihuela, que con carreras y en bullicio se precipitan en un último frenesí, incorporándose jaleosos a nuestra retirada, la retirada de "armaos", voluptuoso regalo para unos sentidos, ya casi repletos, dormidos, ..que con explosión de estandartes, lábaros, oropeles..., rojos..., verdes..., azules..., y brillos de corazas, cascos, lanzas y espadas, se concentran en despedida, en la enseñoreada plaza del Marqués de Rafal, casi en el corazón de la peña, que luce su multiplicada iluminación como en homenaje a ello.

Haciendo Orihuela, ser Orihuela, es la mejor forma que encuentro para describir el cúmulo de sensaciones y vivencias que el Desfile Procesional me provocó, quizás se aproximaría a ello la descripción de *oriolanidad* que este pregón persigue desde la primera palabra. Por que, volviendo con nuestro novelista, podría terminar diciendo que, **"yo no sé si será esta tierra la mejor del mundo; pero sé que su lumbre, su tacto, su vaho, traspasa siempre nuestra vida con una suavidad de óleo precioso y una fortaleza de vino viejo. No la cambiaríamos por la más abundante, Tierra nuestra por la que aprendemos a sentir y a interpretar el paisaje en su desnudez y aún en su carne viva; Tierra de cumbres azules, y de cumbres pálidas como frentes; Tierra morena como nuestro pan, y no hay mejor pan como el de casa."**

Muchas gracias.

En Orihuela, 21 de Marzo de 1,998